



Los miniseres

Eva Manzano

Ilustraciones de Maite Gurrutxaga

Eva Manzano

Los miniseres

Ilustraciones de Maite Gurrutxaga

 **Nørdicalibros**
Pronto llegará la nieve, se siente en el aire
www.nordicalibros.com

*Para Diego,
que tienes la mejor edad del mundo.
¡Sueña con las aventuras más increíbles!*
E. M.

Si tienes que decir alguna cosa, este es el momento. Te daré una dirección pasajera, no permanezco mucho tiempo en el mismo sitio. Pero, si me buscas, seguro que das conmigo.

Necesito tu ayuda. Sí, lo has oído bien. No puedo hacerlo sola, es un trabajo interminable. Tendría que tener ocho ojos, ¿qué digo?, necesitaría tener veinte manos y cincuenta pies. No, no sería suficiente, debería disponer de cien orejas. ¿Te imaginas mi cabeza con cien orejas? No cabría la nariz, que es muy importante para olerlos una vez que los puedas reconocer.

Por eso, necesito tu ayuda. Porque así seremos más ojos y mentes. Y las mentes son imprescindibles para reconocerlos y saber de ellos.

¿Que de qué hablo? ¿No te lo he dicho todavía? Pues de los miniseres.

¿Que no te suenan de nada? ¡No me digas eso! ¡Mira a tu alrededor! Está bien, intentaré contártelo de la manera más sencilla...

Los miniseres

¿Nunca has visto a los miniseres? ¡Ja, eso es lo que tú te crees, porque ellos sí que te han visto a ti! Mira a tu alrededor, son diminutos y se encuentran por todas partes. A lo mejor no te has dado cuenta de su presencia pese a que vives en **su casa** o, lo que es lo mismo, **tu casa**. Antes de contarte lo que sucedió, te diré breve y rápidamente cómo son y dónde encontrarlos. Aunque la verdadera agenda de miniseres está al final del libro...

Los **colchonutos** son peludos, greñudos y van siempre desnudos. Se comen sueños que andan por la cama y babas de la almohada, y son los más perezosos junto con los **sofazanes** o **sofazosos**, que son bastante marmotas. También están los **alfombrillos**, con sus dieciséis patas, que escalan por las alfombras y por los pies. En cambio, las **parédulas** suelen ser anchas como tortillas aplastadas y les encanta escurrirse por la pared. Son amigas de los **crystalritas**, que ya te imaginas dónde viven. Más abajo, a otra altura, están los **mesaposas** y **sillapejos**, que los encuentras por el comedor o los dormitorios. ¿Has oído un eructo de mesaposa? Un sonido tan bajito que parece el crujido de una miga al aplastarla. ¿A que has escuchado alguno? Los miniseres son diminutos, pero están alrededor de ti: las **motas de polvo**, los **minifantasmas**, los **armarionones** o las **puertitis**, que transmiten mensajes entre diferentes habitaciones con un sonido «ñiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiñ».

Resulta adecuado mirar al suelo para no pisar a los

chupapasillos, que están enamorados de las **bolapompas** de los baños y las duchas, muy juguetonas y que explotan de risa. Porque las historias de amor entre los miniseres son famosas. Sobre todo, aquella entre un **basureta** y un **hada de toda la vida** que ahora voy a contar.

Capítulo 1

ALGO QUE CORRETEA

Jimena miró por debajo de sus pies. Había sentido algo y dio un respingo que le erizó toda la piel, igual que al gato de su amiga Leo que, cuando se asustaba, parecía tener cien mil cerillas clavadas en vez de pelos.

Pero Jimena no tenía gato ni perro. Hace cinco años, cuando cumplió nueve, le regalaron dos peces, uno naranja y otro negro, que vivieron en un acuario en el que las plantas crecieron tanto que los peces se dejaron de ver. Ese ecosistema de océano-jungla fue la única fauna que tuvo Jimena. Por ese motivo, la sensación de haber visto corretear algo por la alfombra, alrededor de sus calcetines, era de lo más extraño. Normalmente, lo único que correteaba a su alrededor era su hermano pequeño, Diego, y no pasaba desapercibido. Todo lo contrario, gritando y dando saltos, Diego entraba sin avisar. La verdad, pensó Jimena, ella habría sido un excelente puercoespín porque había muchas situaciones que le ponían los pelos de punta.

—¡Otra vez! ¡Aaaaaaaaay! ¿Qué es esto? Jimena no veía nada por más que miraba debajo de la mesa. Así no se iba a

concentrar en los deberes.

—¡Mañana tengo el examen de Mate-máticas! —se decía Jimena cruzando los dedos de las manos—. Eso es, estoy nerviosa y me imagino cualquier excusa con tal de no hacer fracciones. ¡Voy a suspender! Jimena se estiró como si le hubiera dado un calambre. —¡Aaaaaaaaah, me estoy volviendo majara! ¡Lo he vuelto a sentir! Necesito gafas, no veo nada, solo los pelos de la alfombra. Ya sé, son los ácaros, lo vimos el otro día en clase de Biología, hay miles... ¡Dios mío! ¡Me han invadido los ácaros! ¡Mamaaaaaaaaaaaaá!

Y, como un relámpago, subió los pies sobre la silla.

Su madre acudió aterrorizada pensando que se había electrocutado o que la estantería había caído sobre su cabeza —las mentes de las madres son siempre tan encantadoras—, y cuando entró en la habitación, no vio más que a su hija con las piernas recogidas sobre la silla.

